dores; si la deuda era pequeña, pedía limosna y satisfacía por ella; las vísperas de Pascua, en compañía de alguna persona grave, salía á pedir limosna para los pobres de la cárcel, y en las visitas generales que estos días hacen los Virreyes, se hallaba el venerable Padre presente, apadrinando á los que salían á audiencia, de que gustaban los señores Virreyes; y en esta ocasión le sucedió un caso en que mostró su grande caridad, y como tal, fué muy celebrado. Salió á la audiencia de cárcel un delincuente que estaba sentenciado á cien azotes, parecióle al muy piadoso Padre que aquel hombre era ya de edad para llevar aquel castigo; intercedió por él con tanta caridad, que él mismo se obligaba á darse aquel número de azotes y que aquel pobre saliese libre. El Virrey, que veneraba la santidad del P. Concha, mandó soltar al delincuente, quedándose todos edificados y alegres de lo que había valido la intercesión del P. Concha. A los que no podía librar de la cárcel los consolaba, á otros vestía con ropa que recogía de limosna; lo mismo hacía al tiempo que salían los carros de los galeotes, sentenciados por delitos, visitándolos y socorriéndolos lo mejor que podía con comida y dinero, y abrazándolos, se despedía de ellos como si fueran sus hijos, rogando á cuyo cargo iban se compadeciese de ellos, haciéndoles buen tratamiento; y lo mismo hacía con los pobres que venían en las flotas, y con este intento algunas veces, desde México, fué al Puerto de la Veracruz, ochenta leguas de camino, para traerlos con cabalgaduras y regalos, que para esto llevaba de limosna, y en este ejercicio le sucedió otro caso digno de memoria. Llegó un año en la flota el Virrey, que venía para esta Nueva España, y mandó que todas estas cabalgaduras se le quitasen al P. Concha para que sus criados pudiesen subir á México; dióseles á entender á estos la mucha necesidad que los pobres tenían de ellas y la falta que les hacían si se las quitasen; aquí los criados, indignados con esta proposición, irritaron á su señor, de suerte que el Virrey, con gran cólera y enojo, mandó llamar al Padre, el cual, cuando llegó á su presencia le supo dar tales razones, y con tanta humildad y modestia, que se aplacó y luego mandó que no se llegase á cosa que el P. Concha para los pobres tuviese prevenida, con que el Padre quedó consolado y los pobres remediados; fuera de esto, de secreto remediaba otros muchos necesitados de hombres y mujeres vergonzantes, reparando el peligro en que su honestidad se hallaba; y así, después que Dios Nuestro Señor se llevó á este su siervo, fué grande el sentimiento que hicieron sus pobres. Quien tal cuidado y caridad tenía con los extraños, bien se ve qué haría con los de casa: si estaban enfermos, los visitaba á menudo y con gran cariño les preguntaba qué habían menester ó qué se les antojaba. Si la enfermedad era grave, las visitas eran más frecuentes y algunas veces á media noche, naciendo todo esto como de su fuente, del amor y caridad que con Dios tenía; de ella también nacía el celo de la salvación de las almas, no perdonando á trabajo que á esto se ordenase, y siendo continuo en ayudar á morir á los justiciados. Ferviente fué también su celo en desterrar de la república pecados públicos, ya con exhortaciones domésticas, entrándose por las puertas, ya por medio de los Virreyes y justicias, ya socorriendo sus necesidades, que los ponían á riesgo de sus pecados, no perdonando el trabajo ó industria que pudiese ayudar á este intento. El asistir al confesonario era perpetuo, y de suerte, que en este particular se podía decir

del P. Concha que parecía no tener otra ocupación que la del confesonario, porque como nunca perdía tiempo, para todo lo tenía bastante. Nunca dejó de confesar con igual semblante á hombre y mujer, niño ó viejo, blanco ó negro que á él llegase: á todos acudía por no faltar á esta obra de caridad, dejando cualquier cosa que entre manos tuviese. Viéndole tan fatigado, algunas veces el portero le rogaba que se fuese á descansar á su aposento, y que si hubiese gente que confesar le avisaría; respondióle el Padre que el buen mercader nunca había de faltar de su tienda, si quería que su caudal se aumentase. Jamás estuvo ocioso ni le faltó en qué trabajar en provecho de los prójimos ó en su oración; y así, fué amado y querido de todos y toda su vida se tuvo opinión de su gran santidad, llamándole siempre el bendito ó santo Concha. Llegóse al fin en que quiso Nuestro Señor premiar vida tan santa, prolongada y ejemplar, y llevólo para sí de un gravísimo mal de orina que lo acabó en ocho días, siendo de edad de 80 años, y casi los 50 de Compañía. Murió á 1° de Octubre de 1607, en la Casa Profesa, donde tanto en ayuda de las almas había trabajado. Con su muerte, los ciudadanos nobles y plebeyos quedaron como huérfanos, y los nuestros lastimados de haber perdido la Compañía un varón tan apacible y que les era ejemplo de santidad; concurrió mucha gente al entierro, que llegando á la sala donde tenían su cuerpo, le besaban manos y pies con extraordinario afecto y reverencia; al tiempo de ponerlo en la sepultura, tocaban todos sus rosarios á las manos y vestidos del difunto, otros le tocaban la ropa, y persona hubo que le quitó los zapatos con la disimulación que pudo, diciendo después y publicando que estaba más rico con ellos que si fueran de oro. Y después que lo enterraron, había tanta demanda en la portería de las cosillas que usaba en su aposento, de disciplinas, cilicios, estampas y otras cosas, que todo mostraba la grande opinión que de su santidad todos tenían. Hace memoria de este insigne varón, aunque de paso, el P. Eusebio en el cuarto tomo de sus varones claros.

CAPITULO XXIII.

De la muy religiosa vida y muerte del venerable P. Gaspar de Carvajal. Año 1647.

§ I.

Estudios de su juventud y su vocación milagrosa á la Compañía.

Nació el P. Gaspar de Carvajal en la ciudad de los Angeles de la Nueva España, y fué hijo de uno de los principales capitanes de la Conquista y de las personas más bien emparentadas con lo noble de esta ciudad y Reino, y lo que más importa, personas de mucha cristiandad y ejemplar virtud, y con ella también lo criaron los años de su juventud, los

primeros Padres de nuestra Compañía que vinieron á fundar esta Provincia, y de los cuales bebió la primera leche de su primitivo espíritu, gozando de los rayos de su sabiduría y doctrina con que alumbraron este hemisferio. Habiendo estudiado la Gramática, tuvo por maestro en el curso de Artes al P. Moro y salió aventajado estudiante, porque no contento con los ordinarios ejercicios literarios y frecuencia irremisible de sus lecciones, se juntaba con los más aventajados en virtud y letras en una Academia particular que formaron á este intento, donde el tiempo de los primitivos estudios que en México abrió la Compañía ejercitaban él y sus compañeros los documentos y preceptos que para la buena crianza de la juventud después se establecieron, y por estos medios vino á adquirir y alcanzar el gran caudal de virtud y letras que en él después resplandeció, en particular cuando en el Colegio de San Ildefonso de México, donde fué Rector (como después diremos), asistía á las continuas relecciones, conferencias ó conclusiones, ó cuando regenteaba en el otro, que es Universidad de San Ildefonso de la Puebla, con gran sosiego y entera comprensión de las materias hablaba de ellas. Siendo seglar estudió la Filosofía y la Jurisprudencia, y acabados sus cursos se graduó en entrambas facultades, y tuvo en ellas muy acertado parecer y dirección, y mereció esta aprobación de los más versados en la curia y de los demás políticos en la nobleza. Por lo cual, en la casa de su madre, aun los hermanos mayores le confiaron y entregaron el gobierno y manejo de sus negocios, de que salió con el lucimiento que todos esperaban, adelantando las haciendas de su casa en muchos ducados y poniendo en estado á todas sus hermanas, que fueron muchas, y cuando tenía sus negocios en este estado, y él se veía en altura de reputación y lugar que se había hecho en el siglo, le llamó Nuestro Señor para la Compañía por un camino singular que su Divina Providencia dispuso.

Cayó enfermo uno de sus domésticos, y necesitando de confesar, llamaron á un Padre de la Compañía, que le acudió acompañado de un Hermano Coadjutor muy gran siervo de Dios; y mientras el Padre confesaba al doliente, nuestro Gaspar de Carvajal se quedó en contestación con el Hermano compañero en pláticas espirituales; estas poco á poco le fueron moviendo y encendiendo el corazón, y el devoto Hermano con luz superior (como se puede creer) le iba aclarando su conciencia, y como leyéndole lo más íntimo y escondido de sus pensamientos, manifestábale sus varios intentos y cuidados, ni de acertada pretensión, ni de seguro fin con peligro del alma y de la salvación propia; con estos consejos y vivas razones así penetró el corazón de su oyente, que le dejó compungido y trocado, y con firme resolución de buscar mejor acuerdo y seguridad de la salvación de su alma; y como ciervo herido, acudió á la fuente donde esperaba su remedio, que fué entonces el Colegio de esta ciudad, recién fundado; y con el consejo y dirección del P. Dr. Juan de la Plaza, gran maestro de espíritu, determinó recogerse á hacer los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, que principalmente se ordenan á hacer buena y acertada elección de estado. Habiéndose ejercitado en ellos no se resolvía del todo en el que había de escoger, hasta que un día, después de haber comulgado en nuestra Iglesia, oyó clara y distintamente una voz que salía de la Imagen de la Virgen Santísima Madre de Dios, que le mandaba entrar en la Compañía de Jesús, prometiéndole esta

Señora para ello su favor y amparo. Gracia tantas veces repetida de la Santísima Virgen para con la Compañía de su Hijo, que parece que por común y oida muchas veces, no causa las admiraciones que pudiera por inestimable. Porque siempre experimentó la Compañía en la boca de esta Soberana y dulcísima Madre, un panal divino que destila de su lengua leche para los niños que comienzan, y miel para los labios aprovechados. A este su hijo no poco se le lució la promesa de su Soberana Patrona todos los días de su larga vida, en que mostró siempre cordialísimo afecto para con esta Soberana Señora.

No le fué fácil ejecutar esta determinación, por las muchas contradicciones que padeció de los suyos y de otras personas, unos por ver frustradas las esperanzas que de él habían concebido, otros por falta de pleno y acertado conocimiento de la nueva Religión, á quienes sólo aquella voz confusa de que se descarta fácilmente de sus sujetos, los arredra. La madre del mancebo Gaspar de Carvajal suspendía el darle su beneplácito y licencia (que instantemente pedía), por conocer su delicada complexión y la observancia y obligaciones de la Religión á que aspiraba; otros, ya que hubiera de ser Religioso, le proponían la Religión de Santo Domingo, donde tenía deudos muy graves, personas de conocida santidad y letras, en especial un tío, hermano de su madre, predicador general y de espíritu apostólico, llamado Fr. Juan de Alcázar. Mas él, con paciencia y cordura, todo lo facilitaba y vencía, y volando con presteza adonde Dios le llamaba, que era al noviciado de Tepotzotlán, entró en él con mucho fervor y se entregó del todo á la dirección del Superior, atendiendo á su propio aprovechamiento y perfección por la exacta guarda de las Reglas, á que toda su vida fué ajustado y ejecutor, y asimismo de promover cuanto pudo su observancia, y tan aprovechado lo juzgaron los Superiores en pocos meses de noviciado, que le pusieron luego en el Seminario de indios de San Martín que hay en Tepotzotlán, y le fiaron su gobierno, donde nunca descaeció del primer fervor, ni remitió un punto de la distribución y demás ejercicios del noviciado, en que siempre fué el ejemplar de los demás en devoción, mortificación, penitencia, obediencia y pobreza, así para vivienda y habitación, como en la comida y vestido. Acabado su noviciado, y hecho los votos, perseveró con el mismo tesón hasta ordenarse, y para celebrar su primera Misa se preparó muy despacio, y conservó toda su vida una muy tierna y regalada devoción en aquel sacrosanto misterio, y lo tuvo por el mayor alivio y regalo de su trabajada senectud, cuando como arrastrando, y con grandísima dificultad celebraba sin perder día alguno, mientras no le faltaron las flacas fuerzas que le quedaban. Recién ordenado le mandaron hacer oficio de capellán de la estancia de Jesús del Monte, tres leguas de esta ciudad de México, donde acudía todos los domingos y días de fiestas por la mañana á decir Misa, volviéndose el mismo día al Colegio y repitiendo esta jornada tantas veces por no faltar á sus lecciones el día siguiente, porque aún no había acabado sus estudios. Gustaban mucho nuestros Hermanos, que entonces asistían en aquella hacienda, que el Padre continuase esta ocupación por ser tan devoto, y espiritual y apacible, y por sentir con su comunicación mucho gusto y provecho, en especial un Hermano, que entonces cuidaba de aquella hacienda, llamado Pedro Sánchez, religiosísimo varón y de muy alta oración, con quien el Padre Carvajal trataba con particular

agrado, y después lo continuó en el Colegio del Espíritu Santo de la Puebla, donde el Padre era Ministro, y el Hermano hizo muchos años el oficio de cocinero, y allí murió con nombre y opinión de santo. Pero las personas con quien más comunicó, y con cuyos ejemplos y emulación más se aprovechó y adelantó el Padre Carvajal, fueron, entre otros, dos Padres en quienes á las parejas resplandecieron las letras y la devoción, y tuvieron particular gracia en imprimirla en la juventud mexicana, siendo ornamento de estos insignes estudios, uno el Padre Antonio Arias y el otro el Padre Bernardino de Llanos; la profesión de estos insignes devotos de la Virgen Nuestra Señora era mostrarse esclavos perpetuos suyos, y ganarle y granjearle muchas almas aficionándolas á su devoción y servicio, y su estudio infatigable traerla siempre delante de sus ojos, como ejemplar y dechado de sus vidas y acciones. Y el haberse pareado siempre el Padre Carvajal con estos gigantes, fué argumento de su grande virtud; y el haberse atrevido á caminar á su paso basta por prueba de grande aprovechamiento. De estos dos insignes varones, y sus señaladas virtudes, se hará adelante más dilatada mención; con ellos hacía sus conciertos para los ministerios y para afervorizarse en las más continuas oraciones, vigilias y penitencias, que á ciertos tiempos acrecentaban en honra de su amantísima Señora, y ocasionaron otras semejantes celebridades y actos heroicos de otras virtudes que á porfía ejercitaban, provocándose continuamente con las palabras del Apóstol: *Emulamini charismata meliora.*

Con esta compañía y amistad crecía el fervor de visitar á la milagrosa imagen de los Remedios, donde el Padre Carvajal acostumbraba hacer peregrinaciones frecuentes con tales compañeros, y el camino se gastaba en rezar una larga letanía de los atributos y renombres de la Santísima Virgen, que de la Sagrada Escritura y santos Doctores había recopilado el devotísimo Padre Antonio Arias, y el modo de saludarla en cada atributo era con singulares afectos de devoción. Unas veces venerándola humildes y compungidos, otras celebrándola gozosos, congratulándose de sus soberanos dotes y deseándole mayores glorias. Finalmente, este ejercicio duraba gran parte del camino, que es de casi tres leguas, y lo restante lo gastaban en oración con suma dulzura, devoción y lágrimas. En esta ermita solían gastar dos ó tres días, y aun las más noches de ellos pasaban delante de la sagrada imagen descubiertos, parte de rodillas y parte en pie, si no era algún breve rato que reposaban. El espíritu doblado del Padre Carvajal, despertaba ansia de aumentar el culto y veneración de Nuestra Señora en lo espiritual y temporal de aquella Iglesia, y de esto último hizo demostración el Padre, solicitando y procurando se hiciese un hermoso y rico Tabernáculo de plata de martillo, á la imagen milagrosa de este Santuario, y motivando á que otros con su ejemplo lo acrecentasen con el lucimiento que hoy se ve. Esta misma devoción fué causa para que siempre que el Padre, en los muchos años que vivió, salía ó entraba para alguna jornada de México, los primeros pasos ó los últimos de su viaje fuesen á esta santa ermita, y al descubrirla con su vista desde cualquiera lugar, se arrodillaba y la adoraba con tiernísima devoción; al fin de su vida le duraba aqueste su cordialísimo afecto, y porque no podía ya por su persona visitar aqueste insigne Santuario, solicitaba otro que en su nombre lo hiciera, enviando para servicio de la Virgen gran cantidad de olorosas pastillas y pebetes, que personas devotas le ofrecían para este efecto; y en todos los lugares y colegios donde estuvo, ó fué Rector, procuró con sus diligencias é industrias que se aumentase el culto, veneración y devoción de la Soberana Reina de los Ángeles, y se le cantasen Misas, letanías y salves, y fué causa para que un devoto suyo, vecino de México, dedicase los frutos de una hacienda de ganado que tenía, para este intento; y en Guatemala, siendo Rector de aquel Colegio, tuvo gracia para que otro devoto, de su hacienda impusiese renta para las Misas y salves de los sábados de todo el año; obra también muy propia de la piedad y devoción que tenía el Padre Carvajal con los santos, fué el altar y retablo que tenemos en el magnífico templo de nuestro Colegio de México, y en este altar las reliquias del cuerpo del glorioso mártir San Ponciano, que habiéndose traido de Roma para su mayor veneración, el Padre, de su legítima aplicó lo que fué menester para la fábrica de esta obra.

§ II.

Colegios que gobernó el Padre Gaspar de Carvajal, prudencia y solicitud de su gobierno.

Aunque el Padre Carvajal tuvo siempre temor á todo lo que es gobierno y cuidado de otros, pero por tener singular talento y caudal para todos estos oficios, no se pudo excusar de ellos, y así lo hicieron Ministro de algunos colegios y Rector de muchos, y compañero de Provincial; y siempre trabajó mucho por el bien espiritual y temporal de la Provincia, y en especial de los colegios que gobernó. Dióle Dios singular gracia para gobernar los colegiales de San Ildefonso de México, y así lo hizo dos veces siendo su Rector; y por la experiencia y prueba de la primera le apretó el Padre Rodrigo de Cabredo, visitador, á que lo aceptase la segunda; y las hazañas que aquí hizo, se podían llamar milagros, porque llegó á enfrenar con disciplina y destreza el orgullo juvenil de aquella edad, á una clausura y observancia como religiosa, y mudar costumbres seglares y travesuras de mozos en devoción de novicios; así los tenía compuestos y modestos, que cuando salían en comunidad para las escuelas ó sermones, causaba devoción el verlos. Hacíales frecuentes pláticas espirituales, y redújolos á gran frecuencia de Sacramentos, y para la sagrada Comunión les hacía preparar desde el día antecedente con lección y oración, y después de ella con una quieta acción de gracias medida por ampolleta. Todos los sábados del año, y vísperas de Comunión general, hacía disciplina con un Miserere cantado de muy buenas voces, y tres días de la semana en la Cuaresma acudían á este ejercicio. Y para el culto y veneración de Nuestra Señora instituyó la Salve ó Letanía cantada, con muy buena música, para lo cual pagaba un Maestro de capilla, Sacerdote virtuoso, y de los mejores músicos de la Catedral, que también enseñaba canto á los colegiales que se aplicaban á aprenderlo. Puso gran cuidado en los ejercicios de letras, todos los días había lección al medio día en el refectorio de facultades mayores, y á la noche de las menores; premiando á los que daban buena cuenta y cas-

tigando á los que no aprovechaban. Su gobierno estuvo tan acertado en la opinión de todos, y en particular de los padres y parientes de los colegiales, que en su tiempo llegó á tener el Colegio más poblado y lucido que jamás se vió, pues llegaron á ser más de cien los colegiales de lo más granado y noble de la República y de todos estos reinos. Y así, cuando el Padre Carvajal hacía viaje para alguna parte distante, por casi todos los lugares encontraba de estos sus alumnos que lo salían á recibir, y agradecer la buena educación que le debían. Y sin duda parece le remuneró Dios estos servicios, dándole una copiosa cosecha de sujetos que cogió para la Compañía y para las demás religiones, que en muchos años, ni antes ni después, jamás se vieron tan pobladas; y todas agradecidas al Padre Carvajal, decían: que no tenían trabajo ni cuidado en industriar los colegiales que recibían, porque ya se estaban religiosos.

De la misma suerte se portó en el gobierno del Colegio de Guadalajara y en el de Guatemala, con mucha religión para los de casa, y no menos estimación para con los de fuera; en especial la gente grande, señores Obispos, presidentes, audiencias, cabildos y religiones, con quienes tuvo gran cabida y mano, de lo cual se aprovechó para muchas composiciones y amistades, que concluyó muy fuera de toda esperanza. Ni le faltaron otras ocasiones de ministerios y misiones en algunos puestos, como en Oaxaca siendo Ministro, porque acudía á los indios de Jalatlaco á doctrinarlos y predicarles; y en la Veracruz, siendo Rector, trabajó mucho en la gente de tierra, y mucho más con la demás y de la isla, donde acudía muy de ordinario, de cuyas ocupaciones le solía dar muchos parabienes su grande amigo muy fervoroso y espiritual Padre Antonio Arias el cual, en una carta le dice así: «Gózome de los buenos empleos que vuestra reverencia tiene entre manos, y espero que Nuestro Señor se sirve de ellos; buena Madre tiene vuestra reverencia que aliviará sus trabajos, y limpiará sus piadosos sudores, y enjugará las lágrimas que le costaron las almas á quien trata.»

Sabía muy bien el Padre Arias las fatigas que le costaban á su santo amigo algunas almas de muy depravadas costumbres, y otra gente de la que habitaba aquellas comarcas ardientes de arenales y médanos del puerto de la Veracruz, donde trabajaba el Padre Carvajal en ayuda de los prójimos. En la residencia de San Luis de la Paz hizo oficio de Superior y de muy fervoroso Misionero, acariciando á aquellos chichimecos de cuya fiereza temblaban aquellas comarcas, y con sus halagos los domesticó para el Evangelio y los hizo hijos de Dios, lavando á muchos en las aguas del bautismo. El Señor Don Luis de Velasco, primer Marqués de Salinas, que antes de ser Virrey había deseado mucho la reducción de aquellas gentes, y después de serlo las confió y encomendó á la Compañía, tratando de elegir capitán para aquella frontera, tenía tanto concepto de la prudencia y religión del Padre Carvajal, que para elegir capitán á propósito, no sólo lo consultó con el Padre, sino que aun le instó mucho porque le nombrara; y sin embargo de que él se excusó, todavía no le señaló hasta que el Padre lo aprobara, como lo hizo. Finalmente, le debió mucho al Padre Gaspar de Carvajal, la fundación magnífica y suntuoso edificio del Colegio y Templo de San Ildefonso de la Puebla, y los estudios y Universidad que en él entabló y puso en el buen estado que tiene. El Padre Diego de Sosa, Visitador de esta Provincia, que después murió

asistente de nuestro Padre en Roma, dió muchas gracias al Padre Carvajal, su Rector, por ello.

Tres juntas y parejas fueron en este religiosísimo Padre muy notadas y señaladas: la primera, grande aptitud y capacidad para gobierno, junta con igual repugnancia para encargarse de oficio de Superior. La segunda, grande eficacia para hacer y ejecutar todo lo que tocaba á la observancia religiosa, aunque fuesen órdenes muy dificultosas, junta con una grande blandura, comedimiento y afabilidad en ejecutarla. La tercera, suma puntualidad y atención á las cosas que pedían su cuidado, hermanada con gran retiro interior y devoto recogimiento. Su vida perpetuamente estaba atareada, aunque parecía no le bastaba el tiempo para tantas devociones como tenía, anhelando siempre á más retiro, y con una continua hambre de darse más á Dios, y así lo procuró y consiguió muchos años, aunque no sin grandes empleos del trato espiritual de muchas almas. A los principios acudiendo fuera de casa á las cárceles, hospitales y obrajes, y á los conventos de monjas, y después que no pudo salir, desde su celda haciendo oficio de Prefecto de espíritu de los nuestros, y de otros que en ella le buscaban y comunicaban, no sólo en el Colegio de esta ciudad y en el de Tepotzotlán, pero más tiempo en esta Casa Profesa. De estas personas á quien comunicaba, tuvo algunas muy aprovechadas y adelantadas en grado superior de perfección y espíritu, y algunas también de altísima contemplación y unión con Dios, que todas veneraban á su Padre espiritual, y hablaban de él con palabras mayores, atribuyendo las grandes mercedes que recibían de Nuestro Señor, á su acertada dirección y gobierno.

§ III.

Virtudes y dichosa muerte del Padre Gaspar de Carvajal.

Las excelentes virtudes y dichosa muerte del Padre Carvajal son su mayor calificación: una suma paz y perpetua tranquilidad de su alma, por la gran conformidad que tenía con la voluntad de Dios, conque nunca le veían alterado, mas siempre en todos acontecimientos con el mismo sosiego: una pureza maravillosa adquirida de muchos años, por el recato y austeridad de vida y rigurosas penitencias que desde mozo usaba, con muchas disciplinas y cilicios y perpetuos ayunos, porque aun hasta muy viejo decía las últimas Misas, y nunca se desayunaba hasta la hora del comer con la Comunidad; el sueño era muy parco, que servía de reloj y despertador á nuestros Hermanos despertadores; comía poquísimo, y todo el tiempo que pudo se gloriaba de pasar con lo que se daba á la Comunidad, sin admitir cosa singular, aun en sus muy adelantados años: su humildad fué muy señalada, y así trataba con gran llaneza con los Hermanos más sencillos, y los honraba y ganaba con su afabilidad. Desde sus principios se aplicaba y gustaba de ejercitarse en los ministerios y oficios más bajos, y así, novicio y estudiante, procuraba los de cocinero y enfermero, y los hacía con gran cuidado; y nunca, aun en su vejez, se excusaba de servir en el Refectorio y fregar los platos de la cocina. Estando una vez con algunas personas de calidad que le visitaban, y acercán-

dose la hora del comer, se despidió de estos, diciéndoles que iba á servir á la mesa por tener aquel día señalado; los caballeros se admiraron de que en tal edad y después de tantos oficios, se ocupase en aquellos ministerios: pero el Padre los certificó que ninguno de ellos se regocijaba tanto de pasar la carrera en un muy lindo caballo, cuanto él se regocijaba de servir en su refectorio á sus Hermanos. En la misericordia y compasión con los pobres fué señaladísimo, socorriéndolos por cuantas vías podía y negociándoles las limosnas de los que trataba; y cuando fué Superior tuvo notables arbitrios para hacer limosna cuanta le permitían los Provinciales. Y en esta su última vejez, pedía licencia para dar á los pobres lo que otras personas le enviaban para su regalo. El sufrimiento, paciencia y tolerancia, parecía sobresalir sobre todas sus virtudes, casi toda su vida padeció continuos achaques, en especial de los ojos, cabeza y estómago, del vaso y del hígado, de gota y de hidropesía, y todos los sufría sin dar cuidado, ni ser cargoso á los que le curaban. En la enfermedad prolija de apoplegía, y en otras muchas ocasiones de aflicción y congoja, y aun de calumnias y testimonios, nunca se le oían otras palabras, sino de acción de gracias y de alabanzas de Nuestro Señor, porque en estos trabajos, y otros interiores más graves de sequedad y desamparo de las consolaciones que en otro tiempo sentía, se pudo muy bien decir lo que del otro paciente canonizado: *immobilis in Dei timore permansit, agens gratias Deo omnibus diebus vitæ suæ.*

Crecían ya en estos últimos años sus deseos de verse desatado de la cárcel del cuerpo, y porque Dios se lo cumpliera ponía por intercesores á sus devotos santos del Cielo; y finalmente, viendo que se le dilataban, se quiso valer del favor é intercesión de su devotísima Madre y Señora la Santísima Virgen, á quien con tiernísimo afecto de hijo se determinó de escribirle una carta ó memorial lleno de devotísimas quejas y ardientes suspiros, como derramando ante sus misericordiosos ojos el corazón, pidiéndole con amorosa confianza le cumpliese sus antiguos deseos de verla y gozar de su soberana hermosura, y del piélago del infinito bien de que ella gozaba, y para asegurar más el buen despacho de su memorial, quiso que corriese por mano de su fidelísimo amigo Padre Antonio Arias, que muchos años antes había muerto, habiendo sido devotísimo hijo y Capellán de la Santísima Virgen, y así, el sobrescrito de la carta ó memorial, era éste: *Deo et Virgini, dilecto Patri Antonio Arias, in cœlesti Societate Jesu.* Que fué lo mismo que decir: este memorial se presenta á Dios debajo de la protección de la Virgen, y por mano del amado Padre Antonio de Arias, de la Compañía celestial de Jesús.

Alegábale á este santo Padre y fidelísimo amigo el Padre Carvajal, la amistad antigua que en la Tierra se tuvieron, y la caridad más refinada que ya gozaba en la gloria, y compasión que debía tener de su amigo en su mayor necesidad, y á conseguir por sus ruegos la última gracia y beneficio de su pretensión.

Y últimamente, parece que por este medio la consiguió, habiendo Nuestro Señor ejercitado á este su siervo con un achaque de apoplegía que le acometía muchas veces y le daba bien que padecer: confesábase muchas veces como para morir, y con esos continuos recuerdos estaba tan sobre aviso, que apenas asomaba el accidente ó salteaban sus pretensiones, cuando comenzaba en alta voz á decir el Credo

y quería que todos los circunstantes le ayudasen á repetirlo, y á invocar los dulcísimos nombres de Jesús y María, tan impresos en el alma hasta la última hora, que aun cuando no tenía sentido para otra cosa, sólo atendía y oía cuando se los repetían, y él mismo se esforzaba para pronunciarlos. Recibió finalmente la Extremaunción, que otras veces recibida no lo había sido para él, cuando en semejantes extremos le ponía esta enfermedad por espacio de tres años, y porque no le impidiera el socorro del Viático, acostumbraba á levantarse muy temprano á las mañanas, sin que bastasen muchas contradicciones que tuvo aquesta su prevención á costa de mucho trabajo y quebranto suyo, como quien pretendía hacerse digno de la bendición celestial de este soberano maná, como le sucedió el día antecedente á su última enfermedad, y víspera de su muerte, que fué maravilla poder levantarse y salir á la Capilla á recibir la sagrada Comunión. Murió el año de 1647, y de 85 años de edad, santamente empleada y lograda, pues los 64 vivió con grande ejemplo de religión en la Compañía, y casi los 50 en el grado de profeso de cuatro votos, y con otra circunstancia muy particular á lo del siglo, y notada en la ciudad de México, que habiendo sido este varón religiosísimo hijo de los principales conquistadores de este reino y Nuevo Mundo, vivió muchos años después de muertos, ellos y todos sus hijos, y le llamaban el último hijo del conquistador de la Nueva España, y por su grande religión muy amado y estimado en ella.

CAPITULO XXIV.

Vida muy religiosa y ejemplares virtudes del Padre Alonso Gómez Cervantes, de la Compañía de Jesús. Año de 1634.

Aunque según la sangre fué muy noble, y emparentado con la mayor nobleza de la Nueva España el muy religioso Padre Alonso Gómez Cervantes, pero mucho más noble por sus muy señaladas y ejemplares virtudes, con que por tiempo de 36 años edificó nuestra Provincia Mexicana, que lo tuvo por hijo; porque desde el tiempo que fué recibido en la Compañía y comenzó su noviciado, dió muestras de la eficacia con que había sido llamado á ella de Nuestro Señor, renunciando con grande liberalidad las esperanzas de todo lo que en el siglo podía tener, según la nobleza de sus padres y parientes. Comenzó á darse á la virtud con tanto fervor, que era el ejemplo de ella y de humildad á los demás sus connovicios, y lo mismo conservó en el tiempo de sus estudios; porque fué cosa notada en el Padre Alonso Gómez, que todo el tiempo que vivió en la Compañía, y en las varias ocupaciones que en ella tuvo, siempre conservó un tenor y uniformidad de vida tal, que no se le notó mudanza ó decaecimiento en los ejercicios de virtud en que se empleaba, y ministerios en que lo ponía la santa obediencia.

En el que se ocupó por casi veinte años, y en que mostró lo fervien-